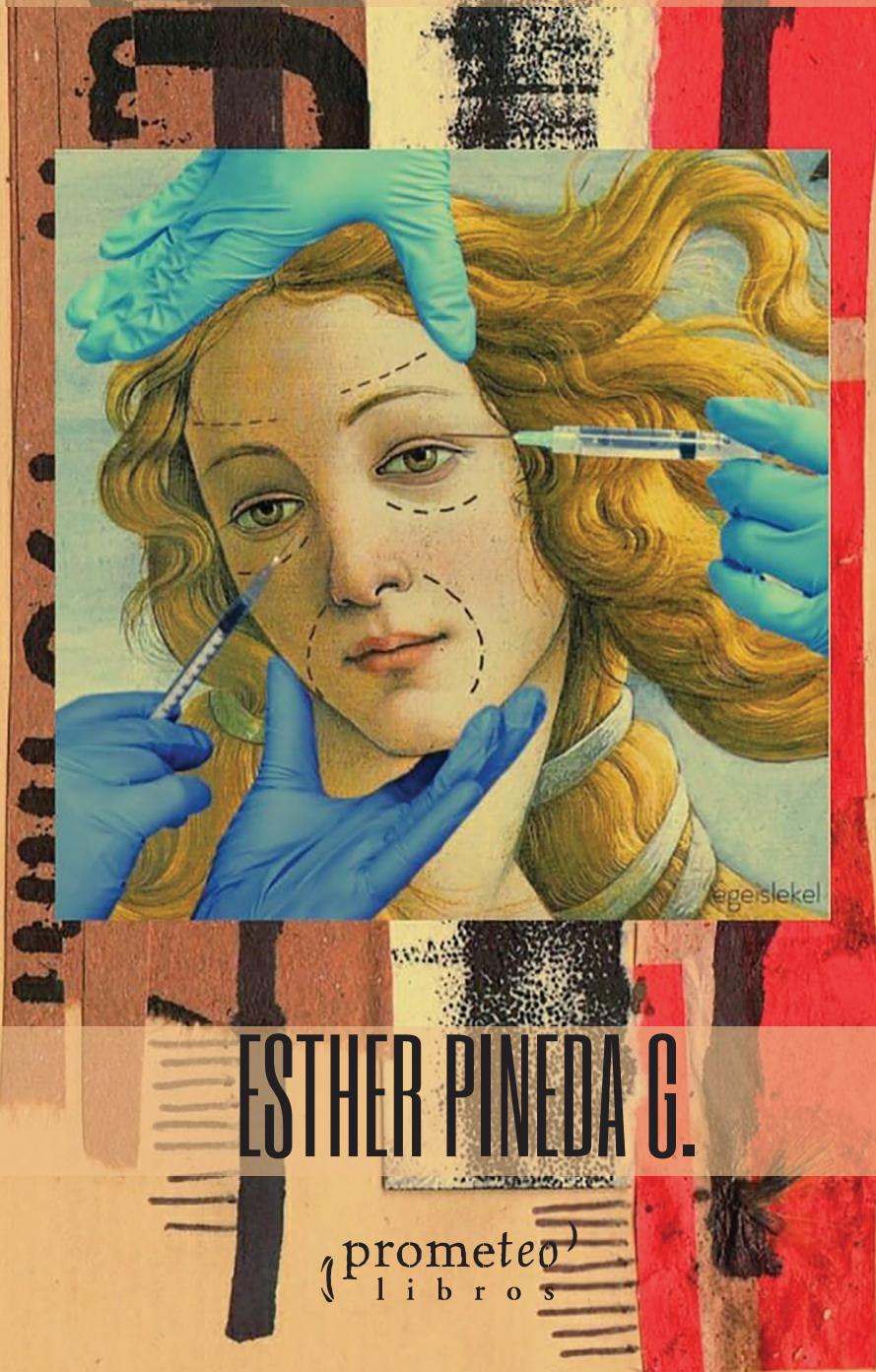


Bellas para morir

Estereotipos de género
y violencia estética
contra la mujer



BELLAS PARA MORIR

Esther Pineda G.

BELLAS PARA MORIR

Estereotipos de género y violencia estética
contra la mujer

{ prometeo)
libros

Pineda, Esther

Bellas para morir : estereotipos de género y violencia estética contra la mujer / Esther Pineda. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Prometeo Libros, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-816-144-0

1. Mujeres. 2. Estudios de Género. 3. Violencia Simbólica. I. Título.

CDD 305.42

Diseño de tapa: Nina Turdo

Diagramación: MSL

Corrección: Julieta Rimoldi García

© De esta edición, Prometeo Libros, 2020.

ISBN: 978-987-8331-79-9

Pringles 521 (C11183AEJ), Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54-11)4862-6794 / Fax: (54-11)4864-3297

editorial@treintadiez.com

www.prometeoeditorial.com

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Derechos reservados.

*No está mal ser bella,
lo que está mal es la obligación de serlo.*

SUSAN SONTAG

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....11

CAPÍTULO 1

Un recorrido por la historia de la belleza 15

CAPÍTULO 2

Concepciones, estereotipos y exigencias
de belleza femenina en la sociedad actual..... 107

CAPÍTULO 3

Influencias causales y motivaciones
para la modificación estética de las mujeres 133

CAPÍTULO 4

Consecuencias asociadas a la modificación
estética y la intervención social..... 157

CONSIDERACIONES FINALES..... 169

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS 175

INTRODUCCIÓN

En la mitología griega, Procusto <<Prokroustēs>> —el hijo de Poseidón—, conocido como “el estirador”, pero también como Damastes “el controlador”, tenía una mansión en las colinas y con frecuencia ofrecía posada a los viajeros solitarios. Mientras sus víctimas dormían, Procusto las amordazaba y ataba a las cuatro esquinas del lecho, si los cuerpos excedían los límites de la cama, cortaba de un hachazo la parte sobrante, fuese la cabeza, las manos, los brazos, las piernas o los pies; si, por el contrario, los cuerpos de los invitados eran más pequeño que la extensión del lecho fatal, el aterrador anfitrión los descoyuntaba a martillazos, los estiraba y extendía hasta que dieran con la longitud exacta. De este modo, el cruel uniformador mutilaba o estiraba sin distinciones o compasiones a cualquiera que tuviese una estatura diferente a sus dimensiones preferidas, porque no perdonaba que alguien no encajara en el molde que caprichosamente había construido.

Pero esta medición, sujeción, dominio y mutilación de las personas del cual fue garante Procusto en la mitología griega, parece no estar alejada de la realidad. En las sociedades que conocemos, el rol castrador del tenebroso hijo de Poseidón ha sido asumido por el patriarcado, y las víctimas de sus fatales torturas son las mujeres, sobre quienes se ejerce una implacable censura y coacción; al mismo tiempo que se les exige la mutilación de sus cuerpos con el fin de satisfacer la caprichosa expectativa de belleza que les ha sido impuesta.

Este hecho puede evidenciarse en las diferentes etapas del proceso histórico y en las diversas formas organizativas de la sociedad, donde los hombres han creado los cánones de belleza, donde durante siglos han esculpido, pintado, escrito y poetizado sobre la belleza que ellos han diseñado e impuesto a las mujeres como requisito imprescindible para demostrar su feminidad.

Sin embargo, durante los siglos XX y XXI las concepciones sobre la belleza se han difundido masivamente a través de diferentes agentes socializadores, como los medios de comunicación y difusión masiva, los cuales bombardean sistemática y repetidamente a las mujeres con las imágenes inalcanzables de actrices, modelos y cantantes arbitrariamente definidas como “representantes de la belleza”. Estas imágenes mediatizadas le dicen constantemente a las mujeres en la vida cotidiana cómo deben verse y qué características poseen o deben poseer las mujeres para ser consideradas bellas; mensajes que son reforzados en otras instituciones y agentes de socialización, y que son reproducidos y expresados en los espacios públicos y privados por parte de la familia, los grupos de pares y la pareja.

Pero esto no es un hecho casual, azaroso o espontáneo, la industria de la belleza ha construido y difundido de forma masiva una estética moldeada, prefabricada, manufacturada, y les ha vendido a las mujeres la idea de que la belleza es el medio que garantiza el éxito económico, social y amoroso, por lo cual al transformar su cuerpo podrán ser aceptadas, queridas y reconocidas por sus grupos de pares, sus familiares, sus amigos y su pareja. Esto, aunado al desarrollo de la industria cosmética, farmacológica y médica, y a la masificación y democratización de las modificaciones estéticas —las cuales se hicieron accesibles a amplias capas de la población de distintas clases sociales— mediante el abaratamiento de sus costos, ha tenido como consecuencia un *boom* en la realización de estos procedimientos. Empero, los únicos beneficiarios son los hombres, pues son satisfechos sus imaginarios, al mismo tiempo que se acrecientan las ganancias de las industrias que dirigen y se enriquecen a partir de los complejos, el sufrimiento y las inseguridades de las mujeres.

Por su parte, la mujer es receptora de estos mensajes donde se insiste en una belleza claramente sexista, racista, gerontofóbica y gordofóbica, que le dice que debe lucir como estas mujeres prefabricadas y, tras ser criticada por no lucir como las mujeres que muestran los medios y los concursos de belleza, se compara con lo que ve y experimenta el declive de la autoestima y la confianza, así como una recurrente sensación de inseguridad y ansiedad.

En este contexto, se convierte en un reto para las mujeres ejercer resistencia y no sucumbir a la presión de la belleza canónica, pues, quienes no se adecuan al imaginario de “lo bello”, construido, transmitido y reproducido por los discursos y representaciones de los medios de comunicación, se expone a la sanción social expresada en críticas, cuestionamientos, burlas y rechazo. Ante esta situación, algunas mujeres, para adecuarse a

ese canon estatuido y satisfacer esas expectativas estéticas de la sociedad, se ven motivadas a consumir los productos y servicios que le son ofrecidos por la industria de la belleza en cada valla, en cada canal y en cada revista que pueda mirar.

No obstante, en las últimas décadas esto ha despertado las alarmas en especialistas de las diferentes disciplinas, dado que, por un lado se presenta como un mecanismo para perpetuar la dominación masculina, mantener a las mujeres sujetas en los espacios privados, ocupadas, distraídas y alejarlas de los espacios de poder y toma de decisión; pero también ha generado gran preocupación, porque estas exigencias de belleza están poniendo en riesgo la vida de una cantidad significativa de mujeres, ya sea por el padecimiento de trastornos alimenticios, así como por los riesgos y consecuencias de su sometimiento a distintos productos y servicios de la industria cosmética, farmacológica y quirúrgica.

Algunas mujeres recurren a productos y servicios que van desde simples cosméticos, como las cremas antiedad, las cremas antiselulíticas, los tintes para el cabello, el lápiz labial y las fajas, hasta las estrategias no quirúrgicas, como las dietas, los entrenamientos y vestimenta. Empero, la gran mayoría de las mujeres opta por consumir fármacos supresores del apetito, aplicarse cremas aclaradoras de la piel, someterse a procedimientos invasivos, riesgosos y prohibidos para modificar y “mejorar” su aspecto físico, como la aplicación de sustancias que no son de uso médico como los biopolímeros, o la realización de intervenciones quirúrgicas como el *lifting*, la liposucción, los implantes de glúteos o de senos; prácticas procustianas que consisten en poner o quitar, cortar o alargar, aumentar o reducir, prescindir o agregar, aclarar o broncear, alisar o enrollar, aprisionar o liberar partes del cuerpo, las cuales en muchos casos han puesto en riesgo sus vidas y han llevado a muchas otras a la muerte.

Pese a ello, muchas mujeres desconocen qué se esconde tras la decisión de manipulación de su cuerpo a través de dietas, rutinas de ejercicios, intervenciones quirúrgicas invasivas e inyección de biopolímeros; la mayoría de las mujeres que se someten a estos procedimientos estéticos continúan afirmando que su elección es autónoma, un medio para sentirse bien con su cuerpo y de aumentar su autoestima. Desconocen que lo que consideran belleza ha sido construido e impuesto con fines políticos, económicos, sociales y comerciales, en el contexto de una sociedad patriarcal que considera a la mujer un objeto y un sistema capitalista que la considera un negocio; que exige y promueve en las mujeres la modificación estética y corporal, y que las induce a estar bellas para morir.

CAPÍTULO 1

Un recorrido por la historia de la belleza

En la actualidad, con frecuencia se hacen manifiestas las discusiones sobre la cosificación de las mujeres en la sociedad, algunos aducen que esta siempre ha existido, es decir, que es un fenómeno presente a lo largo del proceso histórico social, mientras que para otros ha sido construida, reproducida, transmitida y masificada desde finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI a través de los medios de comunicación y difusión masiva. De acuerdo a ello, los medios han cosificado e hipersexualizado a las mujeres, y han cotidianizado e institucionalizado patrones y cánones de belleza únicos que progresivamente han cobrado más fuerza en la vida de las mujeres, socavando su identidad y limitando sus posibilidades de acción y transformación social.

No obstante, resultaría reduccionista adjudicar exclusivamente a la organización actual y mediatizada de la sociedad la situación de cosificación, hipersexualización, preeminencia y sobrevaloración estética de las mujeres, pues, contrario a lo que se cree, las exigencias de belleza impuestas sobre ellas es posible rastreárlas y ubicarlas tempo-espacialmente desde la antigüedad. La diferencia fundamental radica en que, en la sociedad contemporánea, estas exigencias estéticas feminizadas han encontrado otras narrativas a través de las cuales manifestarse, perfeccionando, tecnificando y masificando sus discursos y representaciones de acuerdo a la época, la cultura y las formas organizativas de la sociedad.

Las representaciones del cuerpo femenino en la prehistoria

Las primeras representaciones humanas de las que se tiene registro datan del periodo paleolítico superior (30000 a.e.c.), y fueron fundamentalmente pequeñas estatuillas femeninas en las cuales se hacía un significativo énfasis en la condición sexual y reproductiva; específicamente en lo que respecta a las etapas de fertilidad, concepción y nacimiento, mediante la exacerbación de algunas zonas del cuerpo de la mujer como lo son los senos, las caderas, el vientre y los muslos. No obstante, como bien señala Teresa Mayor (2011) en su trabajo *La imagen de la mujer en la prehistoria y en la protohistoria*, estas figuras poseían unas características físicas muy específicas: cuerpo obeso, grandes mamas, barriga enorme y nalgas prominentes.

Entre estas, es posible mencionar la figurilla conocida como la *Venus de Lespuge* (27000-16000 a.e.c.), la *Venus de Willendorf* (24000-22000 a.e.c.), la *Venus de Laussel* o también conocida como la *Venus del Cuerno* (22000-18000 a.e.c.), la *Venus de Grimaldi* (22000 a.e.c.), la *Venus de Dolní Vestonice*, también denominada *Venus Negra* (20000 a.e.c.), y la *Venus de Kostenki* (23000-21000 a.e.c.), entre otras.¹ Además, este periodo se caracterizó por la preeminencia y sobrevaloración del cuerpo, la cual se hizo manifiesta con la recurrente invisibilización de los rostros en las figurillas, con excepción de la *Venus XV de Vestonice* (26000 a.e.c.) y la *Venus de Brasempouy*, también referenciada como *La dama de la capucha* (22000 a.e.c.).²

¹ Afirma Cristina Masvildal (2006) que la arqueología feminista rechaza totalmente el uso del nombre de la diosa romana de la belleza y del amor Venus porque está connotada por dos sentidos: la idea de que las estatuillas paleolíticas encarnan a una diosa; y la idea de que las figuras femeninas prehistóricas responden al ideal de belleza de los hombres prehistóricos, hecho del cual no se tiene ninguna evidencia.

² La *Venus XV de Vestonice* y la *Venus de Brasempouy* son las únicas figuras femeninas de este periodo que cuentan con rostro, además, también llama la atención que son las únicas figuras que no poseen cuerpo.



Venus de Lespuge (27000-16000 a.e.c.).



Venus de Willendorf (24000-22000 a.e.c.).



Venus de Laussel o Venus del Cuerno (22000-18000 a.e.c.).



Venus de Grimaldi (22000 a.e.c.).